

Es el solo enemigo,
Y la tierra piadosa
Una sola familia virtuosa!»

LA PRIMAVERA.

Rosas, naced; que á la mansion del Toro,
De nativo placer y amores llena,
Se acerca el sol, de triunfos coronada,
Cual noble vencedor, la frente de oro.
Quebrantó, victorioso, la cadena
En que gimió la tierra, avasallada
Del númen invernal. Las altas cumbres,
Do estéril nieve Capricornio lanza,
Se estremecen de Febo á la pujanza,
Que en crujientes heladas pesadumbres
Los montes derrocando,
Va de su altiva eternidad triunfando.
Abrego silbador, cierzo bramante,
Lóbregos partos del sañudo invierno,
Huid do vuestro padre silencioso,
De su alcázar de hielo resonante
Os llama en Espitzberg (1). Huid, que tierno
Vuelve al campo del céfiro el reposo,
El padre de la luz. La primavera
Nació, y el coro de los mansos vientos
Sopla suave, y abre á sus alientos
Su seno el campo, y rie la pradera,
Y en umbrosos frescores
Brotó la selva el sueño y los amores.
¿Oís? ¿quién parte con veloz huida
Ante la nube, que con marcha lenta
Por la aérea region se va tendiendo?
Es Favonio, que á Cérés la venida
Anuncia de la plácida, opulenta
Lluvia sutil. Sus rayos escondiendo,
Eclipsado va el sol; y á veces ama
El desplegar, la nube traspassando,
Los que ántes encubrió: léjos dorando
La nevosa altivez de Guadarrama,
Que los valles nublados
Alegra con sus iris variados.
¿Cuál, suspendida, por el vago viento
Flota la nube, de esperanzas llena,
Que las alondras revolantes miden,
Clamando «lluvia» en incesable acento!
¿Cae? Mi frente mojó, y el río suena,
Forman un orbe y otros que despiden
Otros más ensanchados, que rodean
Otros que inmensos en la orilla mueren.
¿Cuán regalados los oídos hieren
Los alisos, que trémulos mecean
Sus hojas, do jugando
El agua de una en otra va saltando.
Desciende al gremio de la madre Flora,
Que á sus hijas de perlas coronando,
Su ya débil prision hinche de vida.
¿Oh cuántas rosas la primer aurora
En verde cuna mirará asomando
Con tímida inocencia la encogida
Y vergonzosa faz! Venid, aladas
Hijas del viento, atravesad ligeras
Las llanuras del mar; que placenteras
Os llaman ya las sombras sosegadas
Que Abril embalsamado
Tiende risueño sobre el verde prado.
Venid, que Flora á vuestro amor ofrece
Su hibleo dón, y Cérés espigosa,
Por nuestra descendencia ya afanada,
En misteriosa paz granando crece.
¿Oh, salve, salve, fuentequilla hermosa
De adormida corriente! Desmayada
Tal vez Diciembre al Guadarrama frío
Te encadenó: benigna primavera,
Rompe tus grillos, corre, y la pradera
Florezca en tu correr, y el bosque umbrío
Redoble en tus cristales
La pompa de sus ramas inmortales.

(1) Spitzberg, archipiélago del Océano glacial ártico. (Nota del Colector.)

Corre dichoso, y tu feliz corriente
Oiga nacer el trébol delicado
Y verde juncia entre la humilde grama,
Tu benéfico humor la árida frente
Cubra á aquel risco, y brille hermoseado
Con musgoso verdor. Mas ¿quién derrama
Por la ancha vega en profusion fragante
El balsámico olor que así enajena?
¿Oh coronilla! en la mojada arena,
De tu dorada flor eterno amante,
Quiero á su sombra fría
Posar la sien hasta que espire el día.
Doquier repara maternal natura
La añal destruccion, y la esperanza
Y paz renueva, y el placer y vida.
Y entre tanto ¡infeliz! ¿cuál amargura
Prueba mi corazón entre la holganza
Y risa universal? ¡Oh enardecida
Voz! ¡oh cantar del ruiseñor doliente,
Que amor, amor, en el silencio triste
Clama del bosque! En vano se resiste
El alma á su impresion; mi rostro siente,
De los ojos saltando,
Mis lágrimas ardientes ir bajando.
¡Amor, amor! la tierra, el firmamento,
Todo anuncia tu ley. Doquier envío
Los mustios ojos, de tu antorcha ardiente
Me cerca el resplandor; doquier tu acento
Me hiera, y veo que hasta el polo frío
La inspiracion de tu deidad resiente.
Su indestructible hielo por tu mando
Se enternece, flaquea, y derretido
Despeñándose cae: tiembla oprimido
Con su mole el Océano, y bramando,
Tus cultos misteriosos
Léjos proclama entre ecos montañosos.
Los oye el Leviatan, inmensurable
Levantando la frente entre el helado
Coloso que sobre él vasto se tiende.
Amor le habló, cesó su formidable
Feroicidad; su pecho enamorado
Suspira débil y en amor se enciende.
Ve á su amante y acorre, y atrevido
En el profundo mar se alza fogoso,
Y con placer terrible y estruendoso,
Cual Osa sobre el Pélion suspendido,
Cumpliendo, oh amor, tus leyes,
Al imperio glacial da nuevos reyes.
En tanto el Atlas el feroz rugido
Repite del leon, que centellante,
Desordenada la gentil melena,
Por las selvas se agita al encendido
Volcan que le devora. Al que arrogante,
En otros días por la ardiente arena
Paseaba feliz su calma fiera,
Ora esclavo, sin paz, rinde impotente
Al yugo del placer la indócil frente;
Y á par de su rugiente compañera,
Con formidable agrado
Adora, á su pesar, al dios alado.
¡Vivificante amor! ¡hijo dichoso
Del alma primavera! En tus altares
Humea sin cesar de noche y día
El agradable incienso, que amoroso
Te ofrece todo sér. Doquier mirares,
Las caricias verás y el alegría
Con que, buscando sempiterna vida
En su posteridad, hace que estable
Subsista lo que fué. Yo, no culpable,
Yo solo, en juventud ¡ay me! perdida,
Entre tanto contento
Mi soledad y desamor lamento.
¿Y por siempre, sin fin, estéril llama
En mi pecho arderá? ¿nunca una amante
Dará empleo feliz á la ternura
De un triste corazón á quien inflama
Todo el dios del amor, que ni un instante
Vivirá sin amar? ¿Dó está, oh natura,
Tu ley primavera! en vano, en vano
De un nuevo Abril renacerá florido
De un amor y otro amor; ¡ay! sometido
De la pobreza á la imperiosa manq

Nunca oiré delicioso,
Nunca me oiré llamar padre ni esposo.
Crüel disparidad, tú, monstruosa,
Divinizando la opulencia hinchada
Sobre la humillacion del indigente,
Sumergiste la tierra lagrimosa
En desórden y horror. Por tí cercada
De riqueza y maldad, alza la frente
La insaciable codicia, que sangrienta
Llamó suyo el placer y la esperanza
Que la natura por comun holganza
Dió á los humanos. Al sudor y afrenta
El bueno es condenado
Porque nade en deleites el malvado.
El sibarita, en languidez ociosa
Voluptuosamente adormecido,
Sin poder desear, los brazos tiende,
Y bebe sin cesar en la engañosa
Copa de los placeres el olvido
De la razon; y bebe, y más se enciende
En implacable sed, y más corrompe.
Los favores maternos usurpando
De la naturaleza, el lazo blando
Que le une al infeliz sangriante rompe,
Y su virtud apena
Y á estériles deseos le condena.
¿Oh Helvecia, oh region donde natura,
Para todos igual, rie gozosa
Con sus hijos tranquilos y contentos!
De la rígida nieve en la fragura
Allí tiene su templo candorosa
La paz inmemorial. Ledos acentos
Suenan en derredor del que, forzando
Los campos con la reja reluciente,
Con el sudor de su encorvada frente
La frugal opulencia va comprando,
Y esperanzas mayores,
Y en larga ancianidad largos amores.
De su cuna le rie el himeneo,
Y entre honesto placer tierno le guia
A la beldad que en la vecina choza
Es de sus padres perennal recreo.
La misma selva que sus juegos via
En la hermosa niñez, luégo se goza
Con los suspiros de su edad amante,
Y en su preciosa union las sombras presta
Para las danzas de tan dulce fiesta;
Sombras do su vejez ya vacilante,
Cargada de memorias,
Vendrá á buscar los días de sus glorias.
¡Bienhadado país! ¡oh! ¿quién me diera
A tus cumbres volar? Rustiquecido,
Con mano indiestra de robustas ramas
Una humilde cabaña entretejiera,
Y ante el vecino Labrador rendido,
Le dijera: «Si justo, no desamas
La voz de la desgracia virtuosa,
Oye á un hombre de bien, que las ciudades
Huyendo, cual abrigo de maldades,
Busca en esta aspereza montañosa
La paz y la ventura
Con que le brinda maternal natura.
» Si amaste alguna vez, por los placeres
De tu primer amor, benigno oído
Te merezca. En el culto misterioso
Quiero iniciarme de la rubia Cérés,
Y tú me iniciarás. Yo, sometido
Para siempre á tu voz, no perezo
Rehusaré el afán. O sope frío
El cierzo nevador, ó el rayo ardiente
Lance el sol estival, siempre obediente
Me verás que, incansable, al bucy tardío
Sigo en la marcha lena,
La mano, de labrar, tal vez sangrienta.»
Si; mi rústico dios me enseñaría
La ley del Labrador; y yo, rendido
En tanto á la beldad de una pastora,
Hija suya tal vez, ¡con qué alegría
Oyera mi lección! Presto, instruido
Estando á los campos, mi señora
Premiara mis fatigas con su mano
Y una eterna ventura deliciosa.

III, Ps.-XVIII,

¿Cuál amaría á mi inocente esposa!
Esposa, esposa, en mi querer insano,
Clamaria doquiera,
Y el eco mis amores repitiera.
¿Oh cuántas veces, mi querido dueño,
De nuestro amor el fruto sustentando,
A mis surcos viniera, y blandamente
El tierno hijito entre la paz del sueño
Ofreciera á mi vista, provocando
Mi beso paternal! su calma frente
Besaría bañándola en millanto,
Y á su madre despues con tiernos lazos
Estrechára mil veces en mis brazos;
Y la besára en inefable encanto,
Y otra vez la abrazára,
Y más que nunca mi labor amára.
Contando mi vivir por mis amores,
De ellos cercado y de mi dulce esposa,
Cuando anunciase Abril la primavera,
Alegre cantaría sus loores;
Y en la cabaña que hospedó oficiosa
Mi pasado dolor, yo les dijera
El antiguo pesar que al patrio suelo
Me forzó á renunciar; la cruda guerra
Que mueve á la virtud la impía tierra;
Cuál de los Alpes quebrantando el hielo
Vine, y cómo, infelice,
La informe choza con las ramas hice.
¡Ah! que al oírme con llorar doliente
Benedicirán la rústica pobreza
De su amable virtud, y á mi estrechados,
Me amarán más y más, y más ardiente
Creerá en su cariño mi ternura,
Y.... ¿por qué me engañais, sueños amados
De la imaginacion? ¿dónde perdido
Me llevan ¡oh virtud! tus ilusiones?
No: jamas de mis Alpes las ficciones
Realizadas veré, no; desquerido,
Sin hijos, sin esposa,
Jamás será mi primavera hermosa.

EL OTOÑO.

¿Oh, salve, salve, soledad querida,
Do en los halagos del Abril hermoso
Vine á cantar en medio á los amores
Mi eterno desamor! ¡Salve, oh florida,
Oh calma vega! A tu feliz reposo
Torno otra vez, y entre tus nuevas flores
Enjugando el sudor que á Sirio ardiente
Pagó en tributo lánguida mi frente,
Veré al otoño levantarse ufano
Sobre la árida tumba del verano.
Sí, le veré; que la balanza justa
Las sombras y la luz igual partiendo,
En sus frescos palacios aprisiona
Voluble al sol, que de su sien augusta
La diadema inflamada descifando,
De rayos más benignos se corona.
«Otoño», clama de su carro de oro;
Y otoño al punto, entre el favonio coro,
Que Agosto adormeció, la faz alzando,
El florido frescor vuela soplando.
A su dulce volar ¡cuál reverdece
La tierra, enriqueciendo su ancho manto
De opulento verdor! La tuberosa
Del albo cáliz en su honor florece,
Y la piramidal, y tú, oh amaranto,
De más largo vivir. Tu flor pomposa,
Que adornaba de Mayo los amores,
Hoy halla frutos donde vió las flores;
Oyó quejarse al ruiseñor, primero,
Y ya recibe su cantar postrero.
Tú le viste brillante y florecido
A este rico peral, que ora, agobiado
Del largo enjambre de su prole hermosa,
La frente inclina. Céfiro atrevido,
De una poma tal vez enamorado,
Bate rápido el ala sonora,
Y la besa, y la deja, y torna amante,
Y mece las hojitas, é inconstante

Huye y torna á mecer, y cae su amada,
Y toca el polvo con la faz rosada.

¡Otoño, otoño! ¡le mirais que llega
De colina en colina vacilante
Resaltando? ¡Evohé! salid, oh hermosas,
A recibirle al monte y á la vega,
Suspendiendo á los hombros el vacante
Hondo mimbre. Corred, y en pampanosas
Guirnaldas coronad mi temulenta
Sien. Dadme yedras, que ardo en violenta
Sed báquica. ¡Evohé! cortad; que opimos
Entre el pámpano caigan los racimos.

¡Mil veces Evohé! que ya resuena,
Rechinando, el lagar. ¡Cuál, ay, corriendo
El padre Baco, en rios espumantes
Se precipita, y de la cuba llena
La ancha capacidad, que tiembla hirviendo!
Copa, copa; mis labios anhelantes
Se bañen en el néctar de Lico.
Hijos de Céres, vuestro duro empleo
Cesa; imitad mis báquicos furros,
Que ya el año premiá vuestros sudores.

Conmigo enloqueced. Ya está vacía,
Mi copa rellena, y en torno ruede,
Y los ecos repitan retumbando
Cien veces ¡Evohé! La selva umbría
Se adelanta hácia mí; ya retrocede,
Ya gira en derredor. ¡Cuál, ay, saltando
Los peñascos y montes de su asiento,
Vuelan ligeros por el vago viento!
Tierra y cielo se mueven. Luégo, luégo
Cien copas ¡Evohé! dad á mi fuego.

Otras ciento me dad; y que el arado,
Rompiendo el seno á la fecunda Céres,
La esperanza asegure en rubios granos
Al futuro vivir, y desvelado
Siembre nuevo placer. ¡Ah! los placeres
Cual humo pasan, y recuerdos vanos
Dejan en su lugar. ¡Veis cuál fallece
La alegría otoñal? ya palidece
El hojoso verdor, y el claro cielo
Llora cubierto en nebuloso velo.

El gozo es llanto. En los vapores lanza
El escorpion su bárbaro veneno,
Y abre las puertas de la tumba fria.
Muere el infante, misera esperanza
De la madre infeliz, que entre su seno
Le está viendo morir. En tanto impia
Vuela la muerte al trono de himeneo,
Huella al amor, y un bárbaro trofeo
Allí levanta, á la afligida esposa
Cubriendo el lecho de viudez sombrosa.

¡Tristeza universal! ¡quién ¡ay! me diera
Volar á otra region do más tardío
Lanzase otoño el postrimer aliento?
¡Que del Bétis corriendo la ribera,
No oyese todavía al canto mio
Mezclar el ruiseñor su tierno acento!
Entre los bosques de Minerva errante,
La diestra armada del baston pujante,
El árbol de la paz despojaría

Y en rios de oro el suelo regaría,
U oprimiendo el ijar del espumante
Caballo, las selvosas espesuras
Penetrara, las fieras persiguiendo.
¡Oís, oís que el eco retumbante
Hinche el aire de acentos ladadores
Y de agudos relinchos? Al estruendo
Huye el ciervo, se esconde, pára, mira,
Y tornando el ladrar, trémulo gira
Por entre el laberinto montuoso,
En otro tiempo su feliz reposo.

En vano, en vano en su favor implora
A su bosque. Las ramas alcovosas,
Que galan de las selvas le aclamaron,
¡Oh fortuna cruel! prenden ahora
De su frente las galas ambiciosas
Que en silencio mil veces retrataron
Las ondas claras del arroyo amigo.
Ya todo se mudó; que su enemigo
Llega, y el triste por huir se agita,
Y más se enreda cuanto más se irrita.

No hay ya salud, que el ladrador ardiente
Le ve y se arroja, y á su cuerpo airoso
Se abalanza amagando, y, no exorable,
La majestad humilla de su frente.
¡Ciervo infeliz! tendido, sanguinoso,
Rodeado de muerte inevitable,
Los ojos tristes por la vez postrera
Alza al bosque do vió la luz primera;
Y entre el acero que sus gracias hiere,
Y recuerdos amargos, llora y muere.

Así tal vez del hombre la alegría
Espira en el dolor; y así sucede
A la risa otoñal el desconsuelo
Que á la estacion brumal árido guia;
Ya nos rodea; sustentan no puede
La selva su ambicion; pálido el suelo
Se encubre con las hojas que, bajando
Por el aire, en mil orbes circulando
Lentas van; caen, y yace lastimero
El selvoso frescor de un año entero.

¡Cuál silban en las ramas combatiendo,
Hijos de oscuridad, los roncos vientos,
Vedando á Céres su vigor fecundo!
Brama el mar, y los rios con estruendo
Arrastran los torrentes violentos
En turbias hondas con horror profundo.
Avecitas de Abril, huid ligeras
Del Nilo á las benéficas riberas:

Aquí ya no hay placer; ha muerto Flora,
Otoño espira, y nos dejó la aurora.
Huyó cual sueño el añal contento,
Que alargaba mentida mi esperanza,
Y se llevó un otoño de mi vida.
Otro en pos volará, y en un momento,
Marchita flor mi juvenil pujanza,
La edad madura en lo que fué perdida,
Con albo pelo y encorvada frente
Me arrastrará la ancianidad doliente,
Y do pose la planta vacilante,
La tumba abierta miraré delante.

Presto será que solo y apartado
De todo cuanto amé, lloré extranjero
En este mundo muerto á mis placeres.
Vanamente el Octubre empampanado
Renovará las risas placentero.
¡Misero yo! perdidos mis quereres,
Sin amigos, sin padres, sin amores,
¡A quién me volveré? ¡cuál sér piadoso
Enjugará mi llanto congojoso?

Doquier publicará naturaleza
Mi destierro. Vendrá el Abril florido
Ya sin mi juventud, sin las delicias
De un ya distante amor, de una belleza,
Polvo, sueño fugaz. Saldrá encendido
Agosto, recordando las primicias
De mi Apolo; ¡oh dolor! murió su canto
Para siempre. De invierno entre el espanto
Oiré que de su helado monumento
Mudo me llama el paternal acento.

¡Oh soledad, oh bárbara amargura
De un sér aislado! Mi tristeza os llama;
Volad, amigos, que con tiernos lazos
Estrechándome, huirá mi desventura.
¡Pueda en medio de vos, pobre, sin fama,
Merecer vuestro amor, y en vuestros brazos
Venturoso vivir eternamente!
¡Pueda aprender de vos, la calma frente
Posando en vuestros dulces corazones,
De la santa virtud las instrucciones!

Y cuando ya la muerte se levante
A romper nuestra union, pruebe conmigo
Su hierro. ¡Oh muerte, en mi cerviz descarga
Tu primero furor! ¡Jamás quebrante
Mi corazon del doloroso amigo
Que ya bebe su fin, la escena amarga!
¡Ah, precédalos yo! ¡pueda mi lecho
Mirarlos rodear, y entre su pecho,
Con su amor olvidando mi tormento,
Darles al fin mi postrimer aliento.

¡Oh recreo feliz del alma mia!
¡Oh mis amigos! Cuando yacza helado,
De mi arroyo querido en la ribera

Un sepulcro me alzad, de sombra fria
De cipreses y adelfas rodeado;
Amadme siempre; y cuando otoño muera,
Mis cenizas con lágrimas regando,
Decid: «Nicasio», y repetid clamando:
«Hombre tierno y amigo afectuoso,
Fué su otoño en nosotros delicioso.»

MI PASEO SOLITARIO DE PRIMAVERA.

Mihi natura aliquid semper amare dedit.

Dulce Ramon, en tanto que dormido
A la voz maternal de primavera,
Vagas errante entre el insano estruendo
Del cortesano mar siempre agitado,
Yo, siempre herido de amorosa llama,
Busco la soledad, y en su silencio
Sin esperanza mi dolor exhalo.

Tendido allí sobre la verde alfombra
De grama y trébol, á la sombra dulce
De una nube feliz, que marcha lenta,
Con menudo llover regando el suelo,
Late mi corazon, cae, y se clava
En el pecho mi lánguida cabeza,
Y por mis ojos violento rompe
El fuego abrasador que me devora.

Todo desapareció: ya nada veo
Ni siento sino á mí, ni ya la mente
Puede enfrenar la rápida carrera
De la imaginacion, que en un momento
De amores en amores va arrastrando
Mi ardiente corazon, hasta que prueba,
En cuantas formas el amor recibe,
Toda su variedad y sentimientos.

Ya me finge la mente enamorado
De una hermosa virtud: ante mis ojos
Está Clarisa; el corazon palpita
A su presencia; tímido no puede
El labio hablarla; ante sus piés me postro,
Y con el llanto mi pasion descubro.
Ella suspira, y con silencio amante
Jura en su corazon mi amor eterno:

Y llora y lloro, y en su faz hermosa
El labio imprimo, y donde toca ardiente,
Su encendido color blanquea en torno.....
Tente, tente, ilusion..... Cayó la venda
Que me hacia feliz; un cefirillo
De repente voló, y al són del ala
Voló tambien mi error idolatrado.
Torno ¡misero! en mí, y ballome solo,
Llena el alma de amor y desamado

Entre las flores que el Abril despliega,
Y allá sobre un amor léjos oyendo
Del primer ruiseñor el nuevo canto.
¡Oh mil veces feliz, pájaro amante,
Que naces, amas, y en amando mueres!
Esta es la ley que para ser dichosos
Dictó á los seres maternal natura.
¡Vivificante ley! el hombre insano,
El hombre solo, en su razon perdido,
Olvida tu dulzor, y es infelice.

El ignorante en su orgullosa mente
Quiso regir el universo entero
Y acomodarle á sí. Soberbio réptil,
Polvo invisible en el inmenso toño,
Debió dejar al general impulso
Que le arrastrara, y en silencio humilde
Obedecer las inmutables leyes.
¡Ay triste! que á la luz cerró los ojos,
Y en vano, en vano por doquier natura
Con penetrante voz quiso atraerle;
De sus acentos apartó el oido,
Y en abismos de mal cae despeñado.
Nublada su razon, murió en su pecho
Su corazon: en su obcecada mente
Idolos nuevos se forjó, que impio
Adora humilde, y su tormento adora.

En lugar del amor, que hermana al hombre
Con sus iguales, engranando á aquestos
Con los seres sin fin, rindió sus cultos
A la dominacion que injusta rompe

La trabazon del universo entero,
Y al hombre aísla y á la especie humana.
Amó el hombre, sí, amó; mas no á su hermano,
Sino á los monstruos que crió su idea;
Al mortífero honor, al oro infame,
A la inicua ambicion, al letargoso
Indolente placer, y á tí, oh terrible
Sed de la fama; el hierro y la impostura
Son tus clarines; la anchurosa tierra
A tu nombre retiembla y brota sangre.

Vosotras sois, pasiones infelices,
Los dioses del mortal, que eternamente
Vuestra falsa ilusion sigue anhelante.
Busca, siempre infeliz, una ventura
Que huye delante de él, hasta el sepulcro,
Donde el remordimiento doloroso
De lo pasado levantando el velo,
Tanto misero error al fin encierra.

¡Dó en eterna inquietud vagais perdidos,
Hijos del hombre, por la senda oscura
Do vuestros padres sin ventura erraron?
Desde sus tumbas, do en silencio vuelan
Injusticias y crimenes comprados
Con un siglo de afan y de amargura,
Nos clama el desengaño arrepenido.
Escuchemos su voz; y amáestrados

En la escuela fatal de su desgracia,
Por nueva senda nuestro bien busquemos,
Por virtud, por amor. Ciegos humanos,
Sed felices, amad; que el orbe entero,
Morada hermosa de hermanal familia,
Sobre el amor levante á las virtudes
Un delicioso altar, augusto trono
De la felicidad de los mortales.

Léjos, léjos, honor, torpe codicia,
Insaciable ambicion; huid, pasiones
Que regasteis con lágrimas la tierra;
Vuestro reino espiró. La alma inocencia,
La activa compasion, la deliciosa
Beneficencia y el deseo noble
De ser feliz en la ventura ajena
Han quebrantado vuestro duro pecho.

¡Salve, tierra de amor! Mil veces salve,
Madre de la virtud! Al fin mis años
En tí se saciarán, y el pecho mio
En tus amores hallará reposo.
El vivir será amar, y donde quiera
Clarisa me dará tu amable suelo.
Eterno amante de una tierna esposa,
El universo réira en el gozo

De nuestra dulce union, y nuestros hijos
Su gozo crecerán con sus virtudes.
¡Hijos queridos, delicioso fruto
De un virtuoso amor! seréis dichosos
En la dicha comun, y en cada humano
Un padre encontraréis y un tierno amigo,
Y allí..... Pero mi faz mojé la lluvia.
¡Adónde está, qué fué mi imaginada
Felicidad? De la encantada magia
De mi país de amor, vuelvo á esta tierra
De soledad, de desamor y llanto.

¡Mi querido Ramon, vos mis amigos,
Cuantos partís mi corazon amante,
Vosotros solos habitais los yermos
De mi país de amor. Imágen santa
De este mundo ideal de la inocencia.
¡Ay, ay! fuera de vos no hay universo
Para este amigo, que por vos respira.
Tal vez un dia la amistad augusta
Por la ancha tierra estrechará las almas
Con lazo fraternal. ¡Ay! no: mis ojos,
Adormecidos en la eterna noche,
No verán tanto bien; pero entre tanto
Amadme, oh amigos, que mi tierno pecho
Pagará vuestro amor, y hasta el sepulcro
En vuestras almas buscaré mi dicha.

Á UN AMIGO QUE DUDABA DE MI AMISTAD.
PORQUE HABIA TARDADO EN CONTESTARLE.

¡Y dudas, dudas, Muricel querido,
De mi amistad, porque tan largamente

A tus voces callé? ¿Podrá en mi mente
Entrar jamás el letargoso olvido
De mi felicidad, de mis amores?
¿Podrá mi corazón decir ingrato
A sus más verdaderos amadores:
«Nuestros antiguos vínculos desato;
Os destierro de mí? ¿Qué horror! ¡ay trístel
¿Cuánta noche, cuán caós espantoso,
Entonces en mi espíritu caerá!
¡Adios, tierna piedad; adios, hermoso
Consolador placer de amarse amando!
¡Adios, oh mi feliz melancolía,
Que ahora de mis ojos arrancando
Este llanto que vierto, en vivas llamas
Mi corazón anegas, y le inflamas
En el volcán de amor que me devoral
Y ¡adios, adios, virtud! Desamorado,
¡Ah! ¿qué fuera de mí? La tierra entera,
Cual vasto yermo ante mis ojos viera
De sanguinarios tigres habitado;
Pues insensible para siempre, odiado,
Mi fiereza hallaría por doquiera.
Ahora, que el Abril con blando aliento
Despierta á amor, y en su hermanal cadena
Enlaza al hombre recreando el mundo,
Yo espectador del general contento,
Cual muerto abrojo entre galanas rosas,
Vería sin gozar, el alma llena
De ródoras furias envidiosas.
¿Quién me había de amar? El sol naciente,
Su carrera de luz abriendo al día,
«Te aborrezco» gritára, y marcharía,
Cargado de mis odios, á Occidente.
La luna en pos, la perezosa frente
Recostando en los sueños bostezantes,
Tomára el cetro en la celeste esfera,
Y entre sus sombras tímidas y errantes,
«Huye, yo te persigo, me dijera;
Huye dentro de ti.» Y allí, ¿qué viera?
La soledad del cruel remordimiento.
Ya me parece que su triste acento
Me hiere, mis entrañas destrozando,
Y con terrible voz así me dice:
«Hombre de execración, tú, que infelice,
Tu interés del ajeno separando,
Lanzaste de tu pecho empedernido
El benéfico amor, recibe ahora
El justo galardón que has merecido.
Vive insensible; por deidad adora
A tu aislado interés; jamás tu pecho
Responda al ¡ay! de tu doliente hermano
Y sé tú solo tu universo entero.
Mas vive solo; tu interior tirano,
Sus calabozos lóbregos abriendo,
Te dé eterna prisión, donde tu oído
Sólo escuche el horror de mi alarido.
Jamás por tí la compasión fecunda
Abra las fuentes de su dulce llanto;
Espantado el amor, nunca te infunda
De su aliento vital el tierno encanto;
Ni la amistad te halague complaciente,
Ni el gozo bienhechor ría en tu frente.
En vano, en vano al estruendoso trato
Del mundo apelarás; el mundo ingrato,
A tu fortuna próspera risueño,
Te venderá, fingiendo ante tus ojos
Simulacros fantásticos de amigos,
Que, mentidas imágenes de un sueño,
Huirán de tí cuando al dolor despiertes.
Entonces clamarás, y tu gemido,
Por desmayada soledad vagando,
En vanos ecos morirá perdido.
La vista ansiosa volverás buscando
Quien se aflija en tu mal, y solamente
Encontrarás en mí quien acreciente
Tu pesadumbre. Tu sepulcro abriendo,
Al desamor diré: «Sus ojos cierra,
Y que dura le sea hasta la tierra;
Y el último suspiro despidiendo,
Sin piedad en el túmulo arrojado,
De ninguno jamás será llorado;
No; ni tus hijos, ni tu misma esposa,

Si insensato te acoges á himeneo,
En llanto regarán la yerta losa
Que tu cadáver olvidado oprima.
Lágrimas de interés, llantos venales
Sus ojos verterán, porque han perdido,
No el padre ni el esposo aborrecido,
Sino el oro cruel que en él amaban;
Porque, menguada su feroz riqueza,
No ostentarán en triunfo, escandalosos,
Los vicios de su padre y su dureza.
Murió y nada dejó; maldito sea;
Estos serán los ayes cariñosos,
Los adioses que oirás en tu agonía.
Sí; la venganza lo ha jurado; viendo
Que no era amor quien tierno te guiaba
Al tálamo nupcial, clamó diciendo:
«Ven, sube, goza cuanto ansioso esperas;
Procrea, sí; pero procrea fieras.»
¡Ay! ¡perezca, perezca, dulce amigo,
Quien resiste al amor! Sin él, ¡qué fuera
Cuanto siente, cuanto es? Natura entera
Del caos en el túmulo yacía,
Cuando sonó una voz que «amor, decía,
Amor; yo soy unión, la unión es vida;
La desunión es caos, muerte, nada;
Sea, sea la unión.» En el instante
El orden se alza por la vez primera.
El inflamado sol sube triunfante
En su trono de luz, en torno mira,
Y nacen sus planetas, que hermanados,
Monta en su carro cada cual, y gira,
Y se tiende el espacio; el tiempo vuela,
Y en sus alas abrió las estaciones.
Cerca el aire la tierra, sopla el viento,
Las aguas caen, y en abismoso asiento
Todas unidas con perpetuos lazos,
El globo ciñen con fraternos brazos.
El sol ama, y su amor vivificante
De gozo maternal hinche á la tierra.
¡Oh cuánta vida en sus entrañas cierra!
¿Cuántos siglos de ser en este instante
Silenciosos allí se están labrando!
Naced, plantas, creced; y vuestras flores,
De su par cada cual enamorada,
Sin límites os vayan propagando.
Vuestra pompa en la tierra sustentada
En ella encontrará madre oficiosa;
Padre bueno en el sol, cuyos rigores,
Excesivos tal vez, sabrá amistosa
El agua mitigar con sus frescores;
Ora arroyuelo juguetón saltando,
Ora opulento respetable río,
Y ora nube en los vientos cabalgando;
También el aire el liberal rocío
Amigo os prestará, y el nutrimento
Incógnito os dará, de vuestras hojas
Fiando su feliz beneficencia.
Todos los seres, tierra, firmamento,
Sobre vos derramando su influencia,
Os publican su amor y el vuestro piden.
Con el follaje que el otoño os roba,
A la tierra pagad, que agradecida
Se hará más maternal con nueva vida.
Al sol tributaréis vuestros vapores
Con que cebe su ardor, y reducidos
A lluvia bajarán; y los debidos
Dones volviendo al agua dadivosa,
En la limpia atmósfera más hermosa
Parecerá del sol la clara frente.
Al aire hospedaréis en vuestro seno,
Y allí, purgando su mortal veneno,
Puro le volveréis á la atmósfera,
Conservando su sér. De esta manera,
A la amistosa unión todos los seres
Su bienestar debieron y su vida,
Y de especies la tierra se vió henchida.
Nace el hombre, los campos le saludan,
Y con sus pobres voluntarios frutos,
A sustentar su mendiguez ayudan;
Pero ya no bastando á sus tributos,
«Tiende á nosotros, tiende, le dijeron,
Tu brazo bienhechor; sí compasiva

Tu amistad industriosa nos cultiva,
Pródigos premiarémos tus sudores;
Mas solo, ¿qué podrás? Venid, humanos,
Volad á reüniros, sed hermanos
Del que solo no basta á su ventura;
Que en la suya la vuestra se asegura.»
El hombre obedeció, y en el arado
Nació la sociedad. Allí, abrazado
Del hombre el hombre, por la vez primera
Toda la humanidad sintió en su pecho,
Toda, toda su esencia, su alma entera;
Hombre fué el hombre. Al sexual cariño
El brutal apetito rindió el cetro,
Y dió principio á la piedad paterna,
Al afecto filial, á la fraterna
Caridad y al deseo generoso
De amarse amando. El personal odioso,
En interés común ya convertido,
Era un padre del joven cada anciano;
El joven de los jóvenes hermano;
Por donde quiera el inocente niño
Huérfano hallaba maternal cariño,
Y era un amigo cada semejante.
Así el amor, perpetuo compañero
Del tranquilo mortal, de día en día
Le iba insensible á la vejez llevando,
Por su carrera plácida sembrando
En larga juventud larga alegría.
Y cuando ya la muerte le brindaba
A dormir en la paz del sueño eterno,
Con lágrimas su tumba rociaba,
Cubriéndola en las flores amorosas
De sus frescas virtudes olorosas.
Moria cual la rosa postrimera,
Ultimo adios de la estación florida,
Que, viéndola espirar, todos dolientes
Exclaman: «¿Qué otra vez no renaciera!»
¡Oh amigo! ¡oh Muriel! cuanto es criado
Es hijo del amor; toda belleza,
Todo bien es amor; naturaleza
Es amor y no más. Los negros males
Son desunión, son restos infernales
Del caos antiguo; amor los aborrece.
¡Ah triunfe, triunfe amor! ¡pueda algún día,
El terco error y la ignorancia hollando,
Traer los hombres á su dulce mando,
La tierra en paraíso convirtiendo!
¡Pueda, los corazones encendiendo
En caridad, llenar á los mortales
De este mar de placer que ahora inunda
Mi pecho, electrizado en sus amores!
¡Oh Muriel! ¡oh amigos bienhechores!
¡Oh Nicasio feliz, eternamente
Me hará vuestro cariño venturoso!
Que la pobreza, el deshonor odioso,
Cruel dolor, ignominiosa muerte,
Me acometan; en medio del tormento
Bendeciré con lágrimas mi suerte;
«Soy feliz, soy feliz, diré contento;
Amé, me amaron, me amarán por siempre.»

A DON JUAN MELENDEZ VALDÉS,

El recuerdo de mi adolescencia.

Caro Batilo, ¿para qué despiertas
En mi memoria los dormidos días
Que en las calladas sombras del Otea
A tu lado gocé? ¡días amables!
Cual en tarde de Abril flotante nube,
Que rociando va. Mirólos Tórnes
De sus ondas en pos correr fugaces
De mi florida juventud cargados,
Sembraron ¡ay! en la tenaz memoria
Larga cosecha de recuerdos tristes,
Y volaron despues, y muertos yacen
De lo pasado en el sepulcro inmenso.
Ya jamás los veré; no al alma mía
Las risas volverán, las esperanzas
Inmortales del bien que en torno vuelan
De aquella edad de mágicos encantos,
La franqueza veraz, ni la bondosa

Inexperiencia, que inocente ríe,
Cual á amigo hermanal, á cada humano.
¡Sencilla juventud! nueva en el mundo,
Le prodigas tu amor, porque le ignoras.
Tu recto corazón, no corrompido
Con el trato falaz, sordo á las voces
De la añosa maldad, risueño abraja
De las virtudes la semilla fértil.
Así, cerrando su modesto cáliz
Al nocturno vapor, la adormidera
Dócil le presta al creante soplo
Que Febo, al renacer, delante envía.
Jamás en hondo afán tu erguida frente
Dobló triunfante el cárdeno cuidado,
Ni la envidia voraz, pálida hermana
Del odio adusto, te arrancó en seco el o
Llantos de destrucción, ni la perfidia
Riando muertes, enseñó á su rostro
A negar la maldad que dentro hierve.
¿Cuándo jamás en tu tranquilo lecho
Turbulenta ambición alzando el trono,
Los sueños ahuyentó para dictarte
Rencor, deshermandad, crimen y muerte?
¿Cuándo avaricia entre inmortal pobreza
Clavó en tu corazón tímido y solo
La insaciabilidad del oro insomne?
Dulce igualdad en fraternal cariño,
Penas comunes y comunes gozos
En fortuna común; almas exentas
De los pesares y el temor funesto
Que aislan al mortal.... ¡yo vi aquel tiempo,
Yo le vi, le gocé, y eternamente
Su presta fuga llorarán mis ojos!
Paz, recíproco amor, todo el deleite
De la vida social fueron mis días
En aquella estación, ¡cándida imagen
De la hermosa unidad de la natura!
Allí fué el hombre mi oficioso hermano;
En su querer me saludé felice,
Y á lo futuro adelanté mi dicha,
¡Engañado de mí! que en pos, sin verla,
Otra edad de dolor ya, ya asomaba
Do el discolo interés, soplando estéril,
Sofocara el placer y la inocencia.
Llega terrible; de mis ojos huye
La hermosa escena en que viví dichoso,
Y un nuevo mundo en su lugar parece,
Do busco en vano la perdida magia.
¿Adónde estais, amados compañeros
De mi primera juventud? ¿adónde
Os seguiré, que con vosotros halle
La sencilla amistad, el gozo antiguo
Y la risueña virtuosa calma?
Fué, fué, responden, y en la torva frente
Entronizada la inquietud rugosa,
Tristes y solos, arrastrados giran
De la fortuna en la insociable rueda,
Que entre abismos de mal injusto muere.
Insensible interés. En vano, en vano
Fiel la memoria ofrecerá á su pecho
El antiguo placer, cual dulce fruto
De la fraternidad y las virtudes.
Ellos, en tanto que suspiran tristes
Y en llanto riegan tan feliz recuerdo,
Nuevos incienso quemarán altos
A la injusta deidad; y en sus altares
En propiciarla agotarán acaso
La sangre y el honor y la inocencia
De los que amaban en mejores días.
El interés gritó: crimen, fortuna;
Y por siempre jamás se disociaron
Los que amistad unió con lazo tierno.
Mar incalmable de abisimos ondas
Que el huracán de las pasiones hincha,
Donde, aislado el mortal en frágil tabla,
Sobre la muerte naufragante aleja
Cual enemigo, y en las aguas hunde
Al que las palmas moribundas tiende,
Y asir en él su salvación procura.
Tal es, Batilo, el borrascoso mundo
Do espiraron mis años bonancibles;
Y tal mudanza por doquier presenta

El hombre débil. Su niñez recibe
Una infantina juventud, hermosa,
Dócil, sensible al maternal acento
De la natura, que oficiosa halaga
Su tierno corazón, y le fecunda
En placer, en virtud, en mil amores,
Fabricando sobre él un templo augusto
A la beneficencia. ¡Afan perdido!
Presto será que el pestilente soplo
Del ejemplo mortal de un mundo infecto,
Aridiendo el alma infructuosa,
Sin esperanza la semilla ahogue
Que natura plantó. ¿Dónde está el fuerte
Que, integra su virtud, resista inmóvil
El choque atroz de las voraces ondas
Que, en inflamado mar de hirviente lava,
Entre montes de sombras humeantes,
Ese volcán fulminador arroja,
Estremeciendo el vacilante suelo?
No, no le es dado á la humana flaqueza
Tan alto esfuerzo, ni arrostrar el riesgo
Fué prudencia jamás. Al virtuoso
¿Qué le resta? ¡Infeliz! suspira y huye;
Rompe llorando los sociales lazos
Que ¡no debieran! pero al crimen guían:
Su oscura probidad y algún amigo,
Solitario cual él, son su universo.
¡Oh Batilo! ¡oh dolor! ¡Es ley forzosa
Para amar la virtud, odiar al hombre
Y huírle como á bárbaro asesino?
¡Congojosa verdad! Tú has encerrado
En el sepulcro del dolor mis días.
¡Oh! ¿quién me diese el atrasar el tiempo
Hasta arrancarle mi vendor marchito,
O siquiera volar con mi Batilo
A buscarle del Tórnes en la orilla?
Le encontrará, allí está; por siempre inmóvil
Entre sus ondas deleznable yace
Mi adolescencia; por doquier mis ojos
Hallarán restos de sus frescas flores.
Del Otea, el Zurgnen, de la enricada
Aspereza que mira amenazando
Correr debajo el río hondi-sonante;
Doquier me hiriera con dulzura triste
La silenciosa voz de lo pasado.
«Aquí, diría, deleitables horas
De co dial amistad en ancho coro,
Entre las risas del ardiente Baco
Se te huyeron; allí las largas noches
Velando ante las aras de Minerva,
Para siempre insensibles, te dejaron;
Acá, de la Academia en los afanes
Y las contiendas, intornables días
Pasaron sobre tí; y allá, el Otea,
De tu Batilo á par, te vió mil veces
Correr sus huertas, y arrancar riendo
La lechuga frugal, y á par del Tórnes
Lavándola en sus aguas circulantes,
Comerla entre las pláticas sabrosas,
Nadando el alma en celestial contento.....
¡Oh inefable placer! ¡oh hermosas tardes
De mi felicidad!..... Fueron, Batilo,
Para siempre jamás; ¡pueda á lo menos
Vivir siempre inmortal nuestro cariño,
Único resto de tan bellos días!

UN AMANTE AL PARTIR SU AMADA.

¡Ay, ay, que parte, que la pierdo! abierta
Del coche triste la funesta puerta
La llama á su prision. Laura adorada,
Laura, mi Laura, ¿qué! ¿de mi olvidada,
Entras donde esos bárbaros crúeles
Léjos te llevan de mi lado amante?
¡Ay! que el zagal el látigo estallante
Chasquea, y los ruidosos cascabeles
Y las esquilas suenan, y al estruendo
Los rápidos caballos van corriendo.
¡Y corren, corren y de mí la alejan!
¿La alejan más y más sin que mi llanto
Mueva á piedad su bárbara dureza?

Parad, parad, ó suspended un tanto
Vuestra marcha! que Laura su cabeza
Una vez y otra asoma entristecida,
Y me clava los ojos: ¡que no sea
La vez postrera que su rostro vea!
¡Y correis, y correis! dejad al ménos
Que otra vez nuestros ojos se despidan,
Otra vez sola, y traspones luégo.
¡Corazones de mármol! ¿á mi ruego
Todos ensordeceis? En vano, en vano
Cual relámpago el coche se adelanta.
En pos, en pos mi infatigable planta
Cual relámpago irá, que amor la guía.
Laura, te seguiré de noche y día,
Sin que hondos ríos ni fragosos montes
Me puedan aterrar: tú vas delante.
Asoma, Laura; que tu vista amante
Caiga otra vez sobre mis tristes ojos.
¡Tardas, ingrata, y en aquella loma
Te me vas á ocultar? Asoma, asoma,
Que se acaba el mirar. Sólo una rueda
A lo léjos descubro; todavía
La diviso, allí va; tened, que es mía,
Es mía Laura; detenid, que os veda
Robármela el amor; él á mi pecho
Para siempre la unió con lazo estrecho.....
¡Ay! entre tanto que infeliz me quejo,
Ellos ya para siempre se apartaron;
Mis ojos para siempre la han perdido,
Y sólo en mis dolores me dejaron
El funesto carril por donde han ido.
¿Por qué no es dado á mi cansada planta
Alcanzar su carrera? ¿Por qué el cielo
Sólo á las aves el dichoso vuelo
Benigno concedió? Jamás doliente
Llora el jilguero de su amor la ausencia;
Y yo, entre tanto, de mi Laura ausente,
En soledad desesperada lloro
Y lloraré sin fin. Si yo la adoro,
Si ella sensible mis cariños paga,
¿Por qué nos separais? En donde quiera
Es mía, lo será; su pecho amante,
Yo le conozco, me amará constante,
Seré su solo amor..... ¡Triste! ¿qué digo?
Que se aparta de mí, y á un enemigo
Se va acercando á quien amó algún día.
Huye, Laura, no creas, desconfía
De mi rival y de los hombres todos.
Todos son falsos, pérfidos, traidores,
Que dan pesares recibiendo amores.
¡Almas de corrupción! jamás quisieron
Con la ingenua verdad, con la ternura,
Con la pureza y la fogosa llama
Con que mi pecho enamorado te ama.
Te ama, te ama sin fin; y tú, entre tanto,
¿Qué harás de mí? ¿te acordarás? ¿en llanto
Regarás mi memoria y tu camino?
¿Probarás mi dolor, mi desconsuelo,
Mi horrible soledad? Astro del cielo,
¿Oh sol, hermoso para mí algún día!
Tú la ves y me ves, ¿dónde está ahora?
¿Qué hace? ¿vuelve á mirar? ¿se afige? ¿llora,
O rie con la imagen lisonjera
De mi odioso rival que allá la espera?
¿Y ésta es la paga de mi amor sincero?
¿Y para esto, infeliz, desesperado
Sufro por ella y entre angustias muero?
¡Ah! ninguna mujer ha merecido
Un suspiro amoroso ni un cuidado.
Tan prontas al querer como al olvido,
Fáciles, caprichosas, inconstantes,
Su amor es vanidad. A cien amantes
Quiéren atar en su cadena á un tiempo,
Y rien de sus triunfos, y se aclaman,
Y á nadie amaron porque á todos aman.
¡Y mi Laura también!..... No, no lo creo:
Yo vi en sus ojos que me hablaba ansioso
Su veraz corazón; todo era mío:
Yo su labio escuché, y su labio hermoso
Mío le declaró: cuantos oyeron
Sus palabras, sus ayes, sus gemidos,
«Es tuyo y todo tuyo», me dijeron,

Es mío, yo lo sé; que en tiernos lazos
Mil y mil veces la estreché en mis brazos,
Y al suyo uní mi corazón ardiente,
Y juntos palpitaron blandamente,
Jurando amarse hasta la tumba fría.
¡Oh memoria crúel! ¿Adónde han ido
Tantos, tantos placcres? Laura mía,
¿Dónde estás, donde estás, que ya mi oído
No escuchará tu voz armoniosa,
Mucho más dulce que la miel hiblea;
Que sin cesar mi vista lagrimosa
Te buscará sin encontrarte? Al Prado,
Que tantas veces á tu tierno lado
Me vió, soberbio en mi feliz ventura,
Iré, por tí preguntaré, y el Prado,
«No está aquí», me dirá, y en la amargura
De mi acerbo dolor, cuantos lugares
Allí tocó tu delicada planta,
Todos los regaré con largo llanto,
En cada cual hallando mil pesares
Con mil recuerdos. Bajaré perdido
A las Delicias, y con triste acento,
«Laura, mi Laura», clamaré, y el viento
Mi voz se llevará; y allí, tendido
Sobre la dura solitaria arena,
Pondráse el sol y seguirá mi pena.
A tu morada iré; con planta incierta
Toda la correré desesperado,
Y toda, toda la hallaré desierta.
Furioso bajaré, y á mis amigos,
De mi ardiente pasión fieles testigos,
Preguntaré en silencio por mi amante,
Y ellos, la compasión en el semblante,
Nada responderán. ¡Desventurado!
¿A quién me volveré? Si sólo un día
Durase mi dolor, yo me diría
Feliz y muy feliz; pero mis ojos
Un sol y otro verán, y cien tras ellos,
Y á Laura no verán. Sus labios bellos
No se abrirán, y entre cordial ternura,
«Te amo», repetirán mil y mil veces;
Ni con la suya estrechará mi mano;
Ni gozará mirando la hermosa
De su expresivo rostro soberano.
¡Ay, que nunca á mis ojos tan hermosa
Brilló cual hoy cuando de mí partial
Jamás, jamás lo olvidaré; una diosa,
La diosa del amor me parecía.
Si, mi diosa serás, Laura adorada,
La única diosa á quien mi pecho amante
Cultos tributaré. Ya en adelante
En todo el orbe para mí no existe
Más belleza que tú ni más deseo:
Adorarte será mi eterno empleo.
¡Oh Guadiana, Guadiana hermoso!
¡Oh río entre los ríos venturoso!
¡Oh mil veces feliz! Tú á Manzanares
Su tesoro robaste. Placenteras
Mirarán á mi Laura tus riberas,
Contemplando cuál pasan tus olitas,
Y unas en otras sin cesar se pierden.
Pensativa al mirarlo, en mí la mente,
Ocultará en tu rápida corriente
Con mil lágrimas tristes mil amores.
¡Oh si despues hácia Madrid corrieras!
A las tuyas mis lágrimas unieras.
¡Ay! dila, dila, cuando allí la vieres,
Que eternamente vivirá en mi pecho
Su inextinguible amor; que acongojado
La lloro sin cesar; que, lo he jurado,
Cuando la sien de Abril ciñan las flores,
Iré á exhalar entre sus dulces brazos
Todo mi corazón, y mil amores
En cambio á recibir; que ella constante
Pague mi fe, porque en el mundo entero
No encontrará un amor más verdadero.

A UN AMIGO, EN LA MUERTE DE UN HERMANO.

Es justo, si: la humanidad, el deudo,
Tus entrañas de amor, todo te ordena

Sentir de veras y regar con llanto
Ese cadáver, para siempre inmóvil,
Que fué tu hermano. La implacable muerte
Abrió sin tiempo su sepulcro odioso,
Y derribó en él. ¡Ay! á su vida
¿Cuántos años robó, cuánta esperanza!
¿Cuánto amor fraternal, y cuánto, cuánto
Miserable dolor y hondo recuerdo
A su hermano adelanta y sus amigos!
Vive el malvado atormentando, y vive,
Y un siglo entero de maldad completa,
Y el honrado mortal, en cuyo pecho
La bondadosa humanidad se abriga,
¿Nace y deja de ser? ¡Ay! llora, llora,
Caro Fernandez, el fatal destino
De un hermano infeliz: también mis ojos
Saben llorar, y en tu aflicción presente
Mas de una vez á tu amistad pagaron
Su tributo de lágrimas. ¡Si el cielo
Benigno oyera los sinceros votos
De la ardiente amistad! Al punto, al punto
Hacia el cadáver de tu amor volando,
Segunda vida le inspirará, y ledo
Presentándole á tí, «toma, dijera,
Vuelve á tu hermano y á tu gozo antiguo.»
Mas ¡ay! el hombre, en su impotencia triste,
No puede más que suspirar deseos.
La losa cae sobre el voraz sepulcro,
Y cae la eternidad; y en vano, en vano
Al que en su abismo se perdió, le llaman
De acá las voces del mortal doliente.
Ni poder, ni virtud: ni humildes ruegos,
Ni el ¡ay! de la viudez, ni los suspiros
De inocente orfandad, ni los sollozos
De la amistad, ni el maternal lamento,
Ni amor, el tierno amor, que el mundo rige;
Nada penetra los oídos sordos
De la muerte insensible. Nuestros ayes
A los umbrales de la tumba llegan,
Y escuchados no son; que los sentidos
Allí cesaron, la razón es muda,
Helóse el corazón, y las pasiones
Y los deseos para siempre yacen.
Yacen, sí, yacen; el dolor, empero,
También con ellos para siempre yace,
Y la vida es dolor. Llama á tus años,
Caro Fernandez, sin pasión pregunta:
¿Qué has sido en ellos? y con tristes voces
Dirán: «Si un día te río sereno,
Ciento y ciento tras él, tempestuosos
Tronando sobre tí, huellas profundas
De mal y de temor sólo dejaron.
Hórrido yermo de inflamada arena
Do entre aridez universal y muerte
Solitario tal vez algún arbusto
Se esfuerza á verdear; tal es la imagen
De esta vida crúel que tanto amamos.
Enfermedad, desvalimiento, lloro,
Ignorancia, opresión; este cortejo
Nos espera al nacer, y apesadumbra
La hermosa candidez de nuestra infancia,
Que en nada es nuestra. Los demas ordenan
A su placer de nuestro débil cuerpo,
Y nuestra mente á sus antojos sirve.
Si nuestro llanto á su indolencia ofende,
Manda que pare su feroz dureza,
O su bárbara mano enfurecida
Sobre nosotros cae. ¡Niño infelice!
Llora ya, llora, cuando apenas naces,
De la injusticia la opresión sangrienta,
Y el desprecio, el baldón y tantos males,
Preludios ¡ay! de los que en pos te aguardan.
Tus años correrán, y por tus años
Hombre te oirás decir; mas siempre niño
Entre niños serás. Injusto y justo,
Opresor y oprimido todo á un tiempo,
De tus pasiones en el mar furioso
Perdido nadarás. En lucha eterna
De acciones y deseos, mal seguro,
No sabras qué querer; y fastidiado
Con lo presente, volarás ansioso
A otro tiempo y lugar, buscando siempre

Allá tu dicha donde estar no puedas.
 ¡Y qué valdrá que en tu virtud contento
 Goces contigo, si mirando en torno,
 Verás la humanidad acongojada
 Largamente gemir? Despedazado
 Tu tierno corazón, verá los males,
 Querrá aliviarlos, no podrá, y el lloro,
 Sólo un estéril lloro es el consuelo
 Que puede dar su caridad fogosa.
 ¡Hay pena igual á la de oír al triste
 Sufrir sin esperanza? ¡Oh muerte, muertel!
 ¡Oh sepulcro feliz! ¡Afortunados
 Mil y mil veces los que allí en reposo
 Terminaron los males! ¡Ay! al menos
 Sus ojos no verán la escena horrible
 De la santa virtud atada en triunfo
 De la maldad al victorioso carro.
 No escucharán la estrepitosa planta
 De la injusticia quebrantando el cuello
 De la inocencia desvalida y sola;
 Ni olerán los sacrilegos incienso
 Que del poder en las sangrientas aras
 La adulación escandalosa quema.
 ¡Oh cuánto no verán! ¡Por qué lloramos,
 Fernandez mio, si la tumba rompe
 Tanta infelicidad? Enjuga, enjuga
 Tus dolorosas lágrimas; tu hermano
 Empezó á ser feliz: sí, cese, cese
 Tu pesadumbre ya. Mira que aflige
 A tus amigos tu doliente rostro,
 Y á tu querida esposa y á tus hijos.
 El pequeño Hipólito, suspenso,
 El dedo puesto entre sus frescos labios,
 Observa tu tristeza y se entristece;
 Y, marchando hácia atrás, llega á su madre
 Y la aprieta una mano, y en su pecho
 La delicada cabecita posa,
 Siempre los ojos en su padre fijos.
 Lloras y llora, y en su amable llanto
 ¡Qué piensas que dirá? «Padre, te dice,
 ¿Será eterno el dolor? ¿no hay en la tierra
 Otros cariños que el vacío llenen
 Que tu hermano dejó? Mi tierna madre
 Vive, y mi hermana, y para amarte viven,
 Y yo con ellas te amaré. Algun día
 Verás mis años juveniles llenos
 De ricos frutos, que oficioso ahora
 Con mil afanes en mi pecho siembras.
 Honrado, ingénuo, laborioso, humano,
 Esclavo del deber, amigo ardiente,
 Esposo tierno, enamorado padre,
 Yo seré lo que tú. ¡Cuántas delicias
 En mí te esperan! Lo verás: mil veces
 Llorarás de placer, y yo contigo.
 Mas vive, vive; que si tú me faltas,
 ¡Oh pobrecito Hipólito! sin sombra,
 ¡Ay! ¡qué será de ti huérfano y solo?
 No, mi dulce papá; tu vida es mía,
 No me la abrevies, traspasando tu alma
 Con las espinas de la cruel tristeza.
 Vive, sí, vive; que si el hado impío
 Pudo romper tus fraternales lazos,
 Hermanos mil encontrarás doquiera,
 Que amor es hermandad, y todos te aman.
 De cien amigos que te rien tiernos,
 Adopta á alguno, y si por mí te guías,
 Nicasio en el amor será tu hermano.»

EN LA AUSENCIA DE CLOE.

Espera, tente, ¿por ventura esquivas
 Mi sincera pasión? ¡Huyes, ingrata,
 De quien nació para adorarte?..... ¿Adónde,
 Adónde has ido, celestial imagen
 De mi querida Cloe? Ahora, ahora,
 En este punto, en mis amantes brazos
 La vi, estreché mi corazón al suyo,
 Y palpítaba y palpité, y mis ojos
 En los suyos ardieron, y mis labios
 En los suyos pegué, y un alma sola
 Entre los dos erró. Lo vi, no es sueño,

No es mentida ilusión; ¿cabe, por suerte,
 Tanta verdad en la apariencia vana?
 Aquí ha de estar; la llamaré: ¡Mi Cloe,
 Cloe, mi Cloe?..... Tenderé los brazos,
 Y á mis brazos vendrá. Cloe, ¿qué esperas?
 ¡Cloe, mi Cloe?..... Pero ¿en cuál delirio
 Así me arrastra mi exaltada mente?
 La llamo, y ella en apartado clima
 Mi voz no escucha. ¿Para qué destierras,
 Sol importuno, las piadosas sombras
 De la noche feliz? Dichoso en ella,
 Yo me gozaba en la mentida magia
 De un sueño bienhechor: ¡crúel llamaste
 Con tu luz á mis párpados tranquilos,
 Y abrí inocente, y con mi dulce sueño
 Volé mi dicha y empecé mi llanto.
 ¡Astro de maldición! huye, apresura
 Tu giro de dolor; cae, y en tu ocaso
 También mi vida para siempre caiga.
 ¡Puedan los rayos de tu nuevo oriente
 En el féretro hallar mis yertos ojos
 Cerrados á tu luz, cayendo en torno
 El llanto de mi madre y mis amigos!
 Gocen, ¡ay! gocen de tu hermosa lumbre
 Los que, impacientes con la noche, anhelan
 Por tu presencia, y á la aurora llaman.
 Mas yo, ¡infeliz! que de mi Cloe léjos,
 No puedo ver su idolatrado rostro,
 ¿Qué es el sol para mí?..... ¡Triste! ¡algun día
 Me hizo también su resplandor dichoso!
 Al asomar su refulgente carro,
 Latiendo el pecho, la veré exclamaba,
 Y la vía en verdad. Ora risueño
 A su morada en la mitad del día
 Iba con planta presurosa, y Cloe
 Ya me esperaba. Los amantes brazos
 Al verme abría, y en su pecho ardiente
 Estrechándome tierna, un dulce beso,
 Un beso, todo amor, entre mis labios
 Iba á esconder; y luego me miraba
 Y sonreía, y de su boca en torno
 Mil y mil besos para mí nacían.
 ¡Ay! ¿dónde huyeron tan alegres horas?
 ¿Dónde están los juegos cariñosos, dónde
 Las lágrimas de amor, los juramentos
 De una eterna constancia, los desmayos,
 Los ayes de placer, las blandas quejas,
 Los enojos tal vez, nuncios felices
 De un cariño mayor en nuevas paces?
 Cloe, ¿dónde estás? Desesperado corro
 Por todas partes en tu busca, y hallo
 En todas partes soledad. Perdido
 Voy á los olmos, cuyas verdes ramas
 Una vez y otra en las serenas tardes
 Te miraban pasar, y allí sentado
 Esperándote estoy. Pasan las bellas,
 Pasan y pasan, y la noche viene;
 Pero mi amante no. ¿Qué es esto, Cloe?
 Cloe, ¿qué es esto? Cuando sólo vivo
 Al resplandor de tus hermosos ojos,
 ¡Así permítes que en perpétua noche
 Me consuma el dolor? ¡Esta es la paga
 De tanto amor como mi ardiente pecho
 Anidó para tí, para tí siempre,
 Y sólo para tí? ¡Y eres piadosa?
 Iré: mis labios en aquesta noche
 El nombre odioso te darán de ingrata,
 Iré al instante; en tu mansion ahora
 Entrar furioso me verás. Partamos:
 La diré..... la diré..... ¡Poder del cielo!.....
 ¡Ay! las antorchas que en la noche umbría
 La entrada á su mansion iluminaron
 Todas muertas están: están cerradas
 En silenciosa oscuridad las puertas.
 Ha partido, es verdad; partió, y en vano
 Mi amor la busca en su fatal delirio.
 Ha partido por fin, y triste y solo,
 No habrá en la tierra quien me diga: «Te amo.»
 Ha partido por fin, y á mí me deja
 Cual huérfano que la sombra pierde
 De su madre al nacer. Solo en el mundo,
 Estas lágrimas solas me acompañan;

Estas amargas lágrimas, que riegan
 De su morada las paredes frias.
 ¡Paredes de mi amor! ¡ay si albergasen
 Entrañas de piedad! Ellas conmigo
 Llorarian también, ellas me amaran
 Como las amo yo; pero mi labio
 Las toca sin cesar, y ellas, heladas,
 Mis besos y mis lágrimas reciben
 Sin dolerse de mí. Guardad al menos
 Estos cariños, y decid á Cloe
 Cuando retorne á vos: «Aquí tu amante
 Todas las noches te lloró, y entre ayes
 Mil y mil veces repitió tu nombre,
 Al són tal vez de la ruidosa lluvia.
 Allí le vimos (levantando al cielo
 Los mustios ojos, que despues volvia
 Hácia el lugar adonde tú partiste)
 Mil bendiciones enviar á Cloe.
 Besaba el aire en su ilusión, diciendo:
 «Acaso este aire tenderá sus alas
 Y hácia ella volará, y jugando en torno
 De sus mejillas, la dará mi beso.»
 Despues, clavando con ardor la mano
 Sobre su corazón, «hasta el sepulcro,
 Más allá del sepulcro, eternamente
 Suyo todo será, clamaba; y luego
 ¡Pueda un día, una hora, un mismo instante,
 Abrazados los dos en nudo estrecho,
 Sus labios y sus ojos en los míos
 Mi pecho y corazón clavado al suyo,
 Vernos así espirar! ¡Pueda una tumba,
 Pueda un solo ataúd cerrar piadoso
 Nuestras cenizas en descanso eterno!»
 Aquesto la diréis; mas no: ¿quién sabe
 Si entónces ella me amará, si odioso
 Ya le será mi desdichado nombre?
 Nombre que un día recreó su oído.
 ¡Ay, ay! tal vez su corazón prendado
 De otro amante mejor..... Amale, Cloe,
 Amale, sí, como su amor te ria.
 Mi lengua callará; mi triste labio,
 Mudo á las quejas, se abrirá tan sólo
 Para colmarte en bendiciones. Ama,
 Sé tú feliz, y más que yo perezca.
 «¡Ella es feliz!», exclamaré muriendo,
 Y alegre exhalaré, pensando en Cloe,
 Mi último amor con mi postrer suspiro.

LA ROSA DEL DESIERTO.

¿Dónde estás, dónde estás, tú, que embalsamas
 De este desierto el solitario ambiente
 Con tu plácido olor? Con él me llamas
 Hácia tí más y más, te busco ardiente,
 E ingrata á mi cuidado,
 Triste me dejas en mi afán burlado.
 Bella entre flores bellas,
 ¿Por qué te escondes y mi amor esquivas?
 ¿Temes que yo prefiera
 A tu hermosa franqueza la al'anera
 Pompa del tulipán ó la inodora
 Anémón, que al iris desafia,
 O del clavel la majestad grandiosa?
 No; todo cede para mí á la rosa,
 La rosa es mi placer; vén, vén, ofrece
 Tu modesta beldad á mi deseo,
 ¡Oh rosa virginal! ¡Me engaño, ó veo
 Su purpúreo color que allí aparece
 Por entre una quebrada?
 Es, es, no hay duda; en los paternos brazos
 De su rosal sentada,
 Con lentitud se mece
 Al movimiento blando
 De un cefrillo que la está besando.
 ¡Oh, salve, salve! que mi vista ansiosa,
 Cansada ya de la aridez pensosa
 Que en torno te rodea,
 Al fin en tu belleza se recrea.
 ¡Oh flor amable! en tus sencillas galas,
 ¿Qué tienes, di, que el ánimo enajenas
 Y de agradable suspension le llenas?

En cada olor que, liberal, exhalas,
 De tu cáliz ingénuo, un pensamiento,
 Un recuerdo, un amor..... no sé qué siento
 Allá, dentro de mí, que, enternecido,
 Suelto la rienda al llanto,
 Y encuentro en mi aficción un dulce encanto.
 Sola en este lugar, ¿cuándo, qué mano
 Pudo plantarte en él? ¡Fué algun anciano,
 Que recordó sus días juveniles
 Pasando por aquí, y al ver su muerte,
 En recogerlos se afaná y guardarlos
 Dentro de tu raíz, ó fué un amante,
 Que abandonado ya de una inconstante,
 Huyó á esta soledad, queriendo, triste,
 Olvidar á su bella,
 Y este rosal plantó, pensando en ella?
 Era un hombre de bien, del hombre amigo,
 Quien un yermo infeliz pobló contigo,
 Que, en medio á la aridez, así pareces
 Cual la virtud sagrada
 De un mundo de maldades rodeada.
 ¡Ah! rosa es la virtud, y bien cual rosa
 Donde quiera es hermosa,
 Espinas la rodean donde quiera,
 Y vive un solo instante,
 Como tú vivirás. ¡Ay! tus hermanas
 Fueron rosas también, tambien galanas
 Las pintó ese arroyuelo, cual retrata
 En tí de tu familia la postrera.
 Del tiempo fugitivo imagen triste,
 El corre, correrá y en su carrera
 Te buscará mañana con la aurora
 Y no te encontrará; que ya esparcidas
 Tus mustias hojas, sin honor caidas
 Sobre la tierra dura,
 El fin le cantarán de tu hermosura.
 ¡Oh, si me fuese dado
 Tus horas prolongar, cediendo un día,
 En tu favor, del tiempo que me toca!
 Gozoso más en breve marcharía
 Hácia mi tumba helada,
 Porque durase más mi flor amada.
 ¡Imposibles soñados! ¡Ay! si quiera
 Toma, guarda ese beso
 De mi amistad sincera,
 Y esa parte de mí contigo muera.
 ¡Y qué! sola, olvidada,
 Sin que su labio y su pasión imprima
 En tí ninguna amante,
 ¿En fin perecerás sin ser llorada?
 ¿No volará en su muerte
 Ningun ¡ay! de tristeza
 De la fresca belleza
 Que en tí contemple su futura suerte?
 ¡Oh Clori, Clori! para tí esta rosa,
 Bella cual mi cariño,
 Aquí nació: la cortará mi mano,
 Y allá en tu pecho morirá gloriosa.
 Guarda, tente, no córtés, y perdone
 Clori esta vez; que por ventura injusto
 Bajará á este lugar algun celoso,
 Venganzas meditando allá en la mente
 De una triste inocente,
 Que amarle hasta morir en tanto jura.
 Al mirar esta rosa, de repente
 Se calmarán sus celos, y bañado
 En llanto de ternura,
 Maldecirá su error, y arrepentido
 Irá á abjurarle ante su bien postrado,
 O la verá tal vez algun esposo
 Ya en sus cariños frio,
 Y, la edad de sus flores recordando,
 Fija la mente en su marchita esposa,
 Clamará en su interior: «También fué rosa»,
 Y con este recuerdo despertando
 El fuego que en su pecho ya dormía,
 La volverá un amor que de ella huía.
 Y ¿quién sabe si acaso maquinando
 La primera maldad, con torvo ceño
 Vendrá algun infeliz, solo, perdido,
 De pasiones terribles combatido?
 Al llegar donde estoy, verá esta rosa,